

Nuestro dolor

Isel Rivero

*Así el dolor llega a nuestro entorno
sin poder ser compartido como aquello
que no puede ser negado y como aquello
que no puede ser confirmado.*

ELAINE SCARRY

Todo comienza por una partida o por una llegada. En ambos sentidos se dejan atrás sombras, calles anegadas, resplandecientes. La memoria en compás de espera. Devengo las fases de la luna.

Es de noche. Su uniformidad. La hija muere en otra isla. La madre camina aterida por otras calles. Lejos.

Mis pasos encienden los charcos. Subo por los húmedos adoquines. Esta plaza está en todas partes. La reconozco. En alguna duna del pecho se esconde el dolor.

Supongo que es cierto lo del desasosiego, la exclusión primordial que nos une. No hay nada más nuestro. La marea se aparta, luego regresa.

Los que se quedan atrás allá o aquí. No nos veremos, quiero decir, no nos veremos más como éramos entonces. Digo, me parece. Buscar marcas reconocidas en los rostros, gestos, cuerpos, después de la batalla. Lápidas, si ha transcurrido el tiempo ¿o no? Siempre están ahí las fosas comunes sobre las cuales plantamos jardines. Sí, hay muchos cementerios que visitar dices tú, por todas partes, norte sur este oeste. Tengo una lista pero dudo que el tiempo esté de mi parte.

Se habla de miles. Detrás de los muros se esconden los gorriones. Hacen nidos. ¿Los verán? Hay cuatro paredes pero a veces ni entra el aire por el hueco disfrazado de ventana. Me dijo que se quedó ciego al salir, la oscuridad le había picoteado las pupilas.

Estudiamos el Goya, el de los hombres apaleándose. A ti te intrigaba más el perro hundido. Es un círculo vicioso. Siempre

regresamos al mismo lugar de la crueldad. ¿O es la rabia? El reflujo amargo y miras con ojos sesgados. Allí todos miran por encima del hombro. Susurran o a veces gritan. La sospecha. El rabo entre las piernas. A los dos hombres de Goya no se les distingue bien excepto la ola malévolamente que los circunda. No, dices tu, el mal es lo que hace no ver el rostro, es lo que quiso el pintor. Quizás sí, el mal superior a la muerte.

Este dolor de todos, innombrable, lo escondemos, no lo nombramos. Queremos olvidar el día a día, los males de la espera, el hambre que no se sacia nunca porque nunca hay certeza. Perecieron aquellos en el cruce, olvido el nombre, los nombres, cuántos eran. Ah, dices, los tiburones. Pero a ella la bajaron del avión aunque su padre agonizaba en la otra orilla. Lo sabían y lo hicieron. Ah, dices, ha pasado a tantos ya, por qué iba a ser ella diferente.

Estuve por el Sur, telones plásticos azules, horizonte de refugiados de otras guerras. Imagino los telones azules bajo el mar en el fondo como si otra vida paralela se desgranara allá en las profundidades. Hubo volcanes, dije, vivos, ahumando las aguas con su magma. Qué espectáculo, mejor que el cebo de los tiburones. Sí, siendo nosotros el cebo. Ahí abajo entre corales difusos viven muchos, trajinan en su cotidianidad. No los he olvidado. Ni yo tampoco aunque él, dios de la campiña, quiere que sólo se le recuerde a él, rapacidad inútil, llenando todos los espacios físicos, psíquicos. Claro, dije, el cielo de Goya ¿no es así?

Por un segundo entonces pensamos en el dolor. Sí, lo reconozco, está ahí. Adentro y afuera. En tantas historias como habitantes hay. Como por ejemplo el decálogo abisal de los repudios y la reeducación.

Los que mienten, los que delatan, los que sobreviven, los que soportan el sol, los que cantan, los que escriben, los que dirigen, todos en un desarraigo íntimo. ¿Sueñan? Sí, qué otro consuelo, aunque supongo que habrá quienes tengan pesadillas. Pero el dolor es de todos, comprendes, y nunca lo nombramos.

Se envejece mirando hacia pasado mañana o hacia el pasado, me pregunto.

La plaza que está en todas partes ya no es la misma. No se puede recorrer lo que ya no existe. Todo ha cambiado aquí y allá.

Nuestra dislocación es total. Otros calendarios, otras fiestas, otras lenguas, otras violencias, el dolor estalla ante la puerta cerrada. Ni regreso ni salida, tan simple.

El dolor se queda mudo parece escabullirse pero quizás espera la lluvia, la alusión al vuelo de un pájaro en la noche.

Dicen que el dolor te hace egoísta. Sí, lo he leído en las tablas de los sobrevivientes. Pero cuando cesa te liberas. Primero tienes que nombrarlo ¿no?

¿Sigues guardando el duelo? Sí, por aquellos que no pueden hablar de su

dolor. Ilusa, no encontrarás lo que dejaste y los que te reciban no te reconocerán porque no se reconocerán a sí mismos. De acuerdo, estoy de acuerdo. Pero ¿por qué siempre hablan todos de lo mismo, por qué no piensan en otra cosa, en su dolor?

No lo describen, no lo comprenden. Tampoco en las piedras de los calabozos habrá mensajes. Poder mirar al cielo y ver una y otra vez el silencioso rondar del buitre, horadando venganzas en su cautiverio. No se puede esperar nada. ¿Hasta...? Hasta que el dolor irrumpa y destroce todas las máscaras, ahogue el cacareo, los monólogos interminables, la pantomima. Hasta entonces.

MADRID, 13 DE JUNIO DE 2006